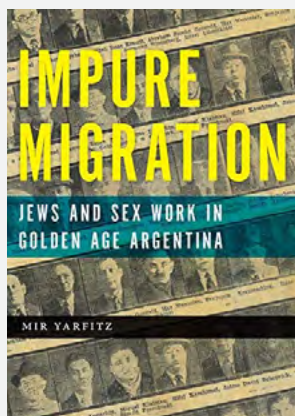


## Reseña

YAZMÍN KLEINER | yazminkleiner@hotmail.com  
Universidad de Buenos Aires



### Impure Migration Jews and Sex Work in Golden Age Argentina

- Mir Yarfitz
- Rutgers University Press, 2019
- New Brunswick
- ISBN 978-081-35-9815-4
- 224 páginas

Tal como plantea Mir Yarfitz en la “Introducción” de su último libro, la historia de los hombres y mujeres judías involucrados en el comercio sexual entre fines del siglo XIX y principios del XX constituye una “historia silenciada”. Si bien algunos sectores del movimiento feminista y parte de la historiografía del judaísmo en la Argentina han recuperado la figura de Raquel Liberman, generalmente estos relatos tienden a exotizar el tema. Los miembros de la Zwi Migdal, organización que nucleaba gran parte de estos burdeles, aparecen en estas narrativas como los crueles y tenebrosos inmigrantes judíos que conformaron una asociación criminal con el fin de explotar sexualmente a sus correligionarias, quienes fueron vistas por la historiografía como meras víctimas. Las claves de la construcción de esta mirada sobre la historia de la Zwi Migdal se deben, según el autor, por lo menos a dos elementos diferentes. Por un lado, al contexto de fuerte xenofobia y antisemitismo, próximo al Golpe de

Estado de 1930, en el que se desarrolló el juicio y el escándalo público de la Zwi Migdal. Por el otro, a la narrativa de la “trata de blancas” presente en aquella época, aunque también en la nuestra, que concibe la coerción violenta como la única manera posible por medio de la cual una mujer se sometería a la prostitución.

En *Impure Migration, Jews and Sex Work in Golden Age Argentina*, Mir Yarfitz discute con estas interpretaciones sobre la Zwi Migdal y se propone pensar en una historia de esta organización de manera más cercana a las experiencias de los sujetos que la conformaron, y más lejana a los discursos externos a estos. El uso novedoso de fuentes, como lo son los informes de las organizaciones antitrata del período (Comité Internacional para la Supresión de la Trata de Mujeres y Niños de la Liga de las Naciones y la Ezrat Nashim), combinado con otras más tradicionales como la prensa escrita, así como también con indagaciones de la historia

social, le permitieron al autor recuperar las trayectorias de las prostitutas y los rufianes judíos pensando en sus posibilidades de acción. Esto fue lo que le permitió emparentar este tipo de trayectorias con las experiencias de otros migrantes contemporáneos. Es decir, la mirada puesta sobre los sujetos le permitió a Yarfitz ir más allá de narrativas ajenas a los propios protagonistas y poder pensar en estas vidas, no únicamente ligadas al mundo de la prostitución, sino también al de la migración, al trabajo, al ocio, a la sociabilidad y a la construcción de redes comunitarias. Este es justamente el gran aporte de Yarfitz, poder desdramatizar la historia de la Zwi Migdal y posicionarla en el centro de las discusiones historiográficas sobre las migraciones.

El armado mismo del libro responde a este planteo general. Sus cinco capítulos están organizados de manera tal que, en su conjunto, implican un desplazamiento desde lo transnacional a lo local, y del plano de las narrativas al de las experiencias de los sujetos. En este sentido, el libro comienza en una escala más amplia, con la indagación sobre el discurso internacional de la “trata de blancas” y concluye en su último capítulo a una escala más local, enfocándose específicamente en el barrio porteño de Once donde prostitutas y rufianes desarrollaron sus vidas.

En el primer capítulo, Yarfitz analiza de manera crítica las narrativas de la “trata de blancas” que circularon durante medio siglo tanto en la prensa, como a través de distintas organizaciones nacionales y transnacionales. En perspectiva del autor, estas historias centradas en la victimización de las mujeres blancas europeas deben ser entendidas en el contexto migratorio. Esto sugiere que todos los proyectos contemporáneos contra la trata implicaban inquietudes más amplias y proyectos regulatorios de las migraciones relacionados con la racialidad y la identidad nacional. Es por esto que en este capítulo aparece un planteo importante que se desarrolla a lo largo de todo el

libro: la narrativa de la trata de blancas no debe ser entendida simplemente como un discurso presente en la cultura popular, sino que debe considerarse por sus fuertes consecuencias en la política inmigratoria de fines del siglo XIX y principios del XX. Es decir, en un contexto de grandes movimientos migratorios, fue la movilidad de las mujeres la que se vio fuertemente restringida en nombre de la prevención del tráfico sexual.

En el segundo capítulo, el autor profundiza su análisis de la narrativa de la trata de blancas para centrarse en el lugar que ocupaban los judíos en este mapa discursivo. Si bien el autor reconoce que los judíos, entre tantos otros, tuvieron una vinculación importante con la prostitución en este período, señala que fueron por lo menos dos factores los que terminaron por exagerar el fenómeno. Por un lado, los estereotipos antisemitas y, por el otro, la visibilidad con la que los judíos que se consideraban “respetables” se oponían a los proxenetes (situación que no sucedía en otras comunidades). La construcción de este estereotipo del traficante judío sin escrúpulos persistió desde finales del siglo XIX hasta el período de entreguerras. La construcción de la figura de un Otro moralmente amenazante resultó útil para los discursos xenófobos en el contexto de los debates de la época sobre la restricción de la inmigración.

El siguiente capítulo indaga en un aspecto peculiar de la narrativa de la trata de blancas conocido como *shtile khupe*. Se trataba de una ceremonia religiosa de matrimonio judío que, al carecer de un componente civil, había sido denunciada a menudo por las organizaciones antitrata como una técnica clave de reclutamiento por parte de los traficantes. En este sentido, una de las políticas antitrata más difundida para prevenir el *shtile khupe* fue la del endurecimiento de la vigilancia fronteriza sobre las mujeres solteras. Según el autor, irónicamente esta política generó el efecto contrario. Acrecentó la motivación de las mujeres europeas por contraer voluntariamente

matrimonios no vinculantes en lo civil para contar con el derecho temporal a migrar. Es decir, en contraste con la narrativa del *shtile khupe* como una trampa para ingenuas, este tipo de matrimonio podría haber sido una práctica común, desplegada intencionalmente por las mujeres para ganar movilidad frente a otras alternativas poco atractivas. Mientras que los reformadores de la época, e incluso muchas perspectivas actuales, ven este tipo de relaciones entre hombres y mujeres como necesariamente coercitivas, Yarfitz propone una mirada centrada en la experiencia de las mujeres migrantes, devolviéndoles agencia y pensando en las posibilidades y estrategias que estas pudieron haber desarrollado.

En el capítulo cuatro, el autor se adentra en el funcionamiento diario y la estructura de la Sociedad Varsovia, nombre original de la Zwi Migdal desde su surgimiento en 1906 hasta 1926. Esta organización de ayuda mutua administró un cementerio, una sinagoga y servicios de bienestar social, mientras apoyaba la gestión de cientos de burdeles en la capital y en las provincias. Por lo que, en términos de estructura y actividades, puede interpretarse a la Sociedad Varsovia como más similar a otras asociaciones voluntarias de inmigrantes que a asociaciones delictivas. Las interpretaciones tradicionales sobre la Zwi Migdal no ignoraron toda esta construcción comunitaria, pero la entendieron como una fachada tras la cual los criminales se escondían para realizar los ilícitos. Por su lado, Yarfitz entiende todo este despliegue como parte del conflicto que se desarrolló al interior de la comunidad judía entre los “respetables” y los “impuros”. En el contexto de la migración masiva, gran parte de los judíos se preocupó por mostrarse y ser aceptados por las autoridades argentinas como ciudadanos modernos respetables capaces de asimilarse al conjunto de la Nación. En este sentido, la posibilidad de ser asociados a las actividades moralmente cuestionables de sus correligionarios les producía terror. Es por esto que, desde la comunidad

judía se inició un boicot hacía los miembros de la Zwi Migdal, se los comenzó a llamar *tmeim*, una palabra bíblica hebrea que significa impuros, al mismo tiempo que se los expulsó de todas las instituciones de la comunidad incluyendo el cementerio. Entonces, en opinión de Yarfitz, no era la idea de construir una fachada lo que explicaba el despliegue de instituciones de la Zwi Migdal, sino la expulsión misma de las otras instituciones y su determinación por seguir considerándose a sí misma como judía.

Como se dijo anteriormente, el último capítulo del libro se enfoca específicamente en el barrio porteño de Once. En este apartado el autor realiza una minuciosa reconstrucción y demuestra de manera visual mediante la confección de mapas, el desarrollo de los burdeles registrados legalmente en el barrio judío de Buenos Aires desde la década de 1890 hasta 1930. De esta manera, Yarfitz da cuenta de la escala, densidad y visibilidad que tenía la prostitución al interior de una comunidad naciente y aún inestable como la judía a fines del siglo XIX en Buenos Aires. Los burdeles, instituciones y hogares de los judíos “impuros” convivían espacialmente con los comercios, sinagogas y residencias de los judíos del común. Esta convivencia tan estrecha también explicaría, según Yarfitz, el nivel del conflicto y la fuerte necesidad de los judíos “respetables” de diferenciarse de los “impuros”.

Hacia la conclusión, Yarfitz vuelve sobre la figura de Raquel Liberman con la que comienza su libro, para dar cuenta que una relectura de su historia no se ajustaría a la narrativa de la trata de blancas. Liberman no fue una mera víctima, sino una migrante judía que, como tantas otras, en un momento de su vida consideró a la prostitución como una forma de ganarse la vida en su nuevo hogar. Llegado el caso, y ateniéndose a sus posibilidades, utilizó la figura de la víctima ante la justicia como una estrategia para poder denunciar a su marido estafador. Yarfitz concluye que el lenguaje de víctima y explotador refleja realidades

horribles, que sin duda han existido pero que no son posibles de universalizar. En términos de análisis histórico, esta dicotomía simplifica una gama compleja de experiencias vividas y borra la agencia de las mujeres que encontraron en la prostitución la mejor forma de ganarse la vida entre las posibilidades limitadas que tuvieron.

*Impure Migration...* permite de este modo romper con las interpretaciones historiográficas que construyeron una historia de la Zwi Migdal ligada a la narrativa de la trata de blancas, a la vez que propone construir una nueva interpretación de la historia de esta organización desplazándola hacia el campo historiográfico de las migraciones.